

vida, para satisfacer únicamente la obstinación estoica; no se la da más que por un bien superior, por el amor de Dios, por otra vida mejor que nos acerca á Dios, nuestro fin. Pero sólo el Cristianismo enseñó esta sabiduría y este arte; por esto aquellos filósofos que tan profundamente despreciaban la muerte, nada encontraban en los cristianos más extraño y fastidioso que su heroico valor ante ella; ⁽¹⁾ debieron, pues, de experimentar que el orgullo no es un gran auxilio en la vida y no fortifica en la hora de la muerte.

Por lo demás, estos llamados espíritus filosóficos se engañan al creerse ellos solos capaces de este orgullo; para esto no se necesita ser filósofo. El viejo árabe declara también que no teme la muerte: porque el no poder ya en su rápido corcel acosar en el desierto á los enemigos, de quienes era el espanto; saber que no provocará más la sonrisa de sus mujeres tan pronto como al reír muestre las blancas hileras de los dientes; convertirse, al andar apoyado en su bastón, en objeto de burla para los jóvenes, todo esto le hace considerar como bien poca cosa la amargura de la muerte. ⁽²⁾ Tampoco el chino la teme con tal que venga rápidamente, pues cree que una muerte lenta podría hacerle perder su fría impassibilidad.

Doquiera las mismas frases afectadas y el mismo escaso manto raído con que el orgullo del mendigo querría ocultar su desnudez. Con esto no queremos decir que sea sólo el orgullo quien produzca siempre la indiferencia hacia la muerte. Hay para ella otras razones, no mucho más honrosas. Saben los hombres que han de morir, es cierto; pero no piensan en lo que es para ellos más seguro. Se figuran la muerte siempre muy lejos, aun cuando ya les tenga cogidos por la garganta. ⁽³⁾ No es orgullo, es falta de reflexión, frivolidad.

Aquel estoico de que nos ocupábamos hace poco, ó más bien, su sustituto de la escuela de Aristipo indicó aun

(1) Lucian., 68, 13. Tatian., *C. Græc.*, c. 19. Tertull., *Scapul.*, 5.

(2) Kremer, *Culturgesch. des Orients unter den Kalifen*, II, 352 y sig.

(3) Aristót., *Rhetor.*, 2, 5, 1.

otra causa por la cual muchas personas hacen poco caso de la muerte. Los titiriteros y domadores de fieras exponen su vida de un modo increíble haciendo miserables y mal empleados prodigios de destreza, no por valor, sino simplemente por una audacia loca. Todo hombre reflexivo, aun siendo mucho más valiente, rehusará imitarlos en lo concerniente al desprecio de la muerte. En su conducta, no ve más que falta de reflexión ó atrofia de la inteligencia. No tener miedo á nada, demuestra flaqueza de ánimo; ⁽¹⁾ tenía razón Séneca cuando dijo, y repitió Heine, que únicamente los locos no temen nada.

Para esto no siempre se necesita ser insensato; basta no reflexionar. Carecemos de expresiones para caracterizar tales hombres; loco es demasiado; no se les puede llamar más que insensatos ó desprovistos de toda reflexión y sentimiento; ⁽²⁾ así por lo menos discurre Aristóteles.

Todavía hay una razón, y es la peor de todas, que explica ésta indiferencia por la vida. Donde mejor se la puede estudiar es en los criminales que oyen con sangre fría la sentencia que los condena á muerte y en los que deliberadamente se la dan á sí mismos, porque, ya por pereza, ya por desórdenes, la existencia se les hizo intolerable. Aquel para quien la vida ya no tiene ningún valor, porque sus planes fracasaron, ó por cualquiera otra razón, debe naturalmente saludar á la muerte como una libertadora. El parásito que vive á costa de la sociedad, porque es demasiado perezoso para trabajar y demasiado cobarde para sufrir tantas contrariedades, debe en cierto modo desear naturalmente la muerte. «¿Por qué vivir, si la vida no tiene más que sufrimientos, pregunta Esquilo?» ⁽³⁾ Y Sófocles dice: «Haced votos por una larga vida; apenas encontraréis en ella algún encanto; y cuando venga la Parca, que no conoce ni el himeneo, ni las danzas, ni los cantos, enton-

(1) Sto. Tomás, 2, 2, q. 126, a. 1.

(2) Aristót., *Eth.*, 3, 7 (10), 7.

(3) Esquilo, *Amor. judic. fragm.*, 149 (Ahrens, p. 213). Sófocles, *Antigón.*, 463 y sig. (Dindorf).

ces por fin la muerte nos trae un último remedio á nuestros males, llevándonos á todos igualmente á los infiernos». (1) Este lenguaje emplean los griegos. Los salvajes insulares de Fidji se encuentran en el mismo caso; un poeta canta en términos mucho más claros: «Morir es fácil. ¿De qué sirve vivir? El reposo se halla en la muerte». (2)

9. Diferencia entre el concepto humanista de la vida y de la muerte y el concepto cristiano.—Nos entretuvimos algo en esta materia, pero en cambio hemos encontrado la clave que explica la manera de ver y pensar humanística; sólo ahora vemos cuán confusa y contradictoria es. Nada más duro, dice, que ser obligado á vivir mucho tiempo; (3) la muerte es el último remedio de todos nuestros sufrimientos; (4) sólo los cobardes y los que aún no conocen los males aman la vida y la desean. (5) Y, sin embargo, nadie ama más la vida que el viejo, es decir, precisamente el que vió más sufrimientos en la vida, el que está más próximo á perderla. (6) Es una crueldad por parte de la suerte el darnos la vida para un tiempo tan corto. (7)

De este modo lanza sin cesar de un escollo á otro al que no conoce sabiduría más elevada que la del Humanismo. Si vive, la vida es intolerable; si le amenaza la muerte, la vida le es más dulce. (8) Si por un momento se retira la muerte, la vida que de nuevo se le concede, de tal modo le aflige, que la muerte le parece preferible. (9) Si vuelve á aproximarse el fin, le aterra el pensamiento de que, si ningún bien hay en la vida, ¿cómo encontrará alguno en la muerte? (10) Y cuando por último ésta le arrebatara la vida,

(1) Sófocles, *Œd. Col.*, 1217 y sig.

(2) Waitz-Gerland, *Anthropologie der Naturvölker*, (1872) VI, 608.

(3) Sófocles, *Fragm.*, 19 (Ahrens).

(4) *Ibid.*, 118.

(5) *Ibid.*, 556.

(6) *Ibid.*, 432.

(7) *Anthologia Palat.*, 7, 334, 1.

(8) *Ibid.*

(9) Eurip., *Hecuba*, 377 y sig.

(10) Menander, *Epicler.*, *fragm.* 3 (Dübner, París, 1877, p. 17).

cae en sus brazos desalentado y sin fuerzas, porque siente que se acaba como quien no tiene ya esperanza. (1) ¡Pobre pagano! Si piensa en la vida, suspira: «¡Oh humana vida! Si la dicha le sonrío, una sombra la derriba, y si en la desgracia llora, una esponja mojada borra los últimos restos de ella». (2) Si piensa en su fin, éste se presenta con tal horror á su espíritu, que no sabe más que decir temblando: «Todos somos impulsados hacia un abismo; la suerte de todo mortal se agita en la fatal urna para que la Parca haga salir á unos antes, á otros después, para entrar en la barca del destierro eterno». (3)

El lúgubre canto de un poeta griego desconocido expresa del modo más elocuente ese amargo concepto de la vida: «No tengo la culpa de haber nacido, ni de vivir en el dolor hasta que llegue al averno. Maldito sea el sombrío día en que nací y desde el cual voy sin consuelo hacia la muerte. Nada era antes, nada soy ahora, nada seré siempre, y nada es la repulsiva canalla humana, que bulle como los gusanos en el polvo. Bebamos, pues, el espumoso vino; ningún otro remedio conozco para la miseria humana, más que sumergirla en el jugo de la uva». (4)

Muy diferente es el concepto cristiano de la vida y de la muerte, del tiempo y de la eternidad. Es mucho más serio y tranquilizador, pues sin dejar de ser humano se hace superior á las miserias de la humanidad. Para nosotros, la vida no está vacía ni carece de valor, pues Aquel de quien tenemos el nombre, nos enseñó á vivir en él y por él. Pero no nos apegamos á esta vida, porque, al abandonarla encontramos otra que verdaderamente lo es. Aunque la vida sea para nosotros un gran bien, mayor ganancia aún es la muerte. (5) Por eso dice el poeta: Quien se lamenta de que se muere en la tierra para vivir en el

(1) *Anthol. Palat.*, 7, 490, 4. Cf. I, Thess., IV, p. 12.

(2) Esquilo, *Agamemnon*, 1327 y sig.

(3) Horac., *Carm.*, II, 3, 25 y sig.

(4) *Anthol. Palat.*, 7, 339. *Ibid.*, 7, 472, 476; 10, 84, 118; 11, 56.

(5) *Phil.*, I, 21,

cielo, no conoce los dulces refrigerios de la paz eterna. ⁽¹⁾ Serenos en los trabajos de la vida, invencibles ante la muerte, como se escribió de San Martín, nadie debe vacilar, ni temer el morir, ni rehusar la vida. ⁽²⁾ La esperanza cierta de la verdadera vida que se entrevé después de la muerte, da á cada uno fuerza para sufrir los males de este mundo, y enseña á esperar con paciencia la hora de la redención. Los ardientes deseos de la patria eterna cambian en fuente de gozo lo que para el hombre natural son pruebas amargas, y hacen de la muerte puerta de la vida. ⁽³⁾ Por eso para él es bello el vivir, y más bello todavía el morir. ⁽⁴⁾

(1) Dante, *Parad.*, XIV, 25 y sig.

(2) Sulpic. Sever., *Ep. 3 ad Bassulam*.

(3) Greg. Mag., *Mor.*, 7, 18.

(4) Bernardo, *Laud. nov. mil.*, 1, 1, 1.

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nós toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse el tercer tomo de la *Apología del Cristianismo*, escrito en alemán por el PADRE ALBERTO MARÍA WEISS, y traducido al castellano por EUGENIO GONZÁLEZ MIR, mediante que de Nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final del tomo y entréguese dos ejemplares del mismo rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato.

Barcelona 26 de Setiembre de 1905.

El Vicario General,
RICARDO, *Obispo de Eudoria.*

Por mandato de Su Señoría,
LIC. MANUEL FERNÁNDEZ, *Pbro.,*
Serio., Can.
